



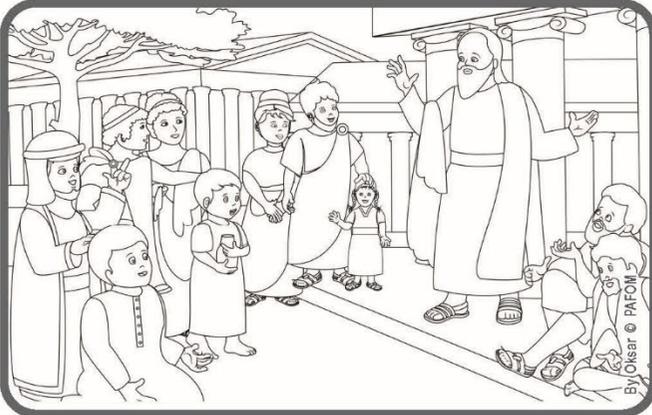
Jesús vino para traernos la alegría.

“Estén siempre alegres. Oren sin cesar. Den gracias a Dios en toda ocasión: esto es lo que Dios quiere de todos ustedes, en Cristo Jesús.” (1Ts 5,16-18)

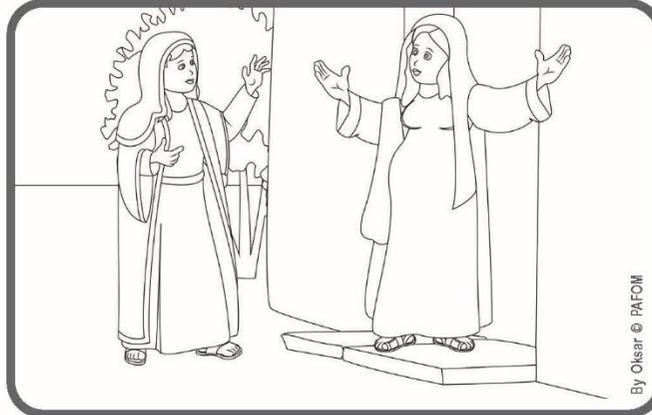


movimiento de los
focolares

(Tomado de la Liturgia de la 3er Domingo de Adviento)



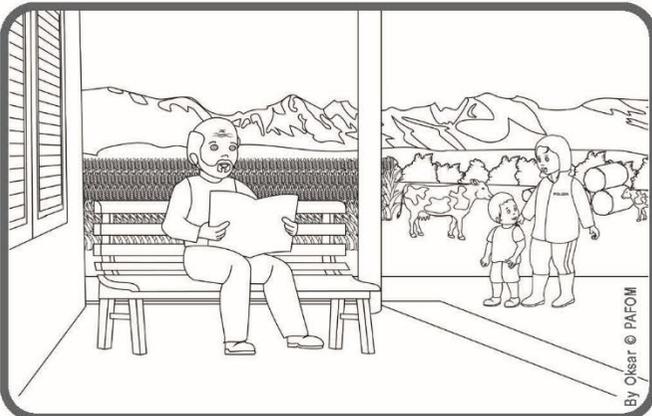
El Apóstol Pablo en sus cartas a las primeras comunidades cristianas, les recuerda siempre a todos que, con la venida de Jesús entre nosotros, tenemos muchísimos motivos para dar gracias y vivir en la alegría.



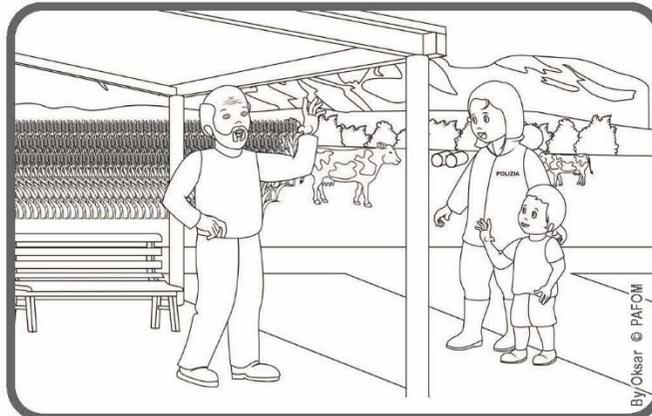
Esto lo había entendido bien María, la mamá de Jesús. Cuando se encontró con su prima Isabel que también esperaba un niño, sintió que su alma se llenaba de felicidad por todas las cosas que sucederían.



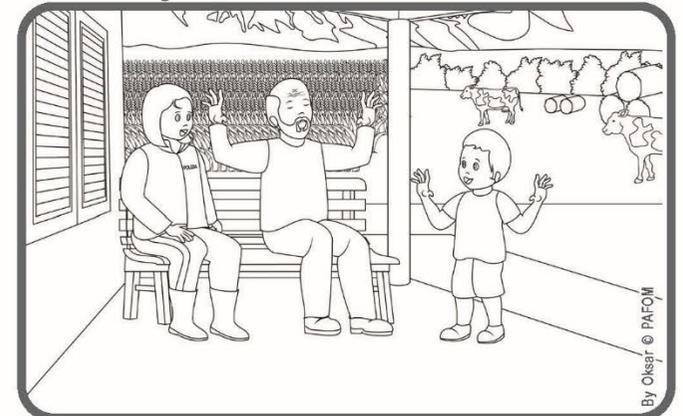
Sí, Jesús, el niño que nacería de ella, nos traería paz y justicia, ayudando a los pobres y a los hambrientos. Dejando a los ricos y a los poderosos con las manos vacías. María, que acogió a Jesús y a Dios, con su sí hará cosas grandes.



Ricardo vive en un pueblo cerca de Milán en Italia. Cuando sale con su mamá muchas veces se encuentran a un señor anciano, sentado en una silla en la terraza delante de su casa.



Este señor, cada vez que Ricardo pasa, lo saluda con un “Hola” lleno de alegría. Tiene una cara buena pero triste. Después de algunos días que se repite este saludo Ricardo piensa que quizás él se siente solo.



De este modo una tarde, en vez de ir a jugar con sus amigos, le pide a su mamá que lo acompañe a visitar a ese señor, y se entretienen con él haciéndole compañía. Al final estaba muy contento.